

JORGE MARTÍNEZ-PINNA

LA TRADICION SOBRE EL ORIGEN DE TARQUINIO PRISCO

La tradición sobre el reinado de Tarquinio Prisco se encuadra lógicamente en el contexto más general relativo al conjunto de la época real romana, la cual se presenta con una unidad y personalidad características que la distinguen del siguiente período alto-republicano. Pero aun dentro de esta generalidad, el caso concreto de Tarquinio puede circunscribirse a un grupo propio que comprende la llamada « fase etrusca » de Roma, época para la cual la narración analística, pese a contener muchos elementos anacrónicos y legendarios, adquiere una mayor seguridad¹. Varios factores contribuyeron sin duda a este hecho, pero entre todos destaca uno cuya importancia es fundamental: la intensificación de las relaciones que Roma mantiene en el siglo VI con otros ambientes culturales más desarrollados – griegos y etruscos – que ya se interesaban de cerca por los asuntos de Roma. Precisamente en la tradición que voy a analizar se encuentra un ejemplo de esta variedad de influencias exteriores.

Todos los autores antiguos concuerdan en ofrecer un relato del origen de Tarquinio Prisco sustancialmente homogéneo, lo cual parece indicar que la redacción definitiva de la versión canónica tuvo lugar en una fecha relativamente temprana, pues ya se conoce en los escritos de los primeros analistas de finales del siglo III a. C. En efecto, Polibio presenta ya una primera exposición del relato canónico², aunque no con todos los elementos que luego aparecerán en los autores posteriores, ausencias justificadas sin duda alguna por los criterios que utilizó Polibio al redactar su « Arqueología »³. Es opinión común que Polibio copió este relato a Fabio Pictor⁴, pero probablemente estaba formándose ya con anterioridad, puesto que Ennio parece conocerlo si aceptamos que uno

¹ J. HEURGON, *Roma y el Mediterráneo occidental* (1971) 155. Para el caso más concreto de Livio, J. POUCEY, *Le premier livre de Tite-Live et l'histoire*, en *Les Études Classiques* 43 (1975) 348.

² POL. VI, 11a.

³ Sobre la « Arqueología » de Polibio, F. TAEGER, *Die Archäologie des Polybios* (1922) 56 s.; para el fragmento concreto de Tarquinio Prisco; F. W. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius* (1953) I, 663 ss.

⁴ F. W. WALBANK, *A Historical Commentary on Polybius*, I, 672.

de sus fragmentos, perteneciente al libro III de sus *Annales*, hace referencia al episodio del águila en el Janículo ⁵. Por otra parte, una prueba de la antigüedad de la versión definitiva la tenemos en Dionisio, quien según sus propias palabras, narra el episodio tal como lo encontró en los « relatos nacionales » de los romanos, esto es las crónicas pontificales (ὡς ἐν ταῖς ἐπιχωρίοις συγγραφαῖς εὖρον ἐρῶ) ⁶.

He aquí un resumen del relato canónico ⁷. El padre de Tarquinio era un comerciante corintio llamado Demarato y pertenecía al *gēnos* real de los Baquíadas. Cuando estalló la revuelta de Kypselos y se instauró la tiranía en su patria, Demarato huyó con todas sus riquezas y se estableció en la etrusca Tarquinia, ya conocida por él debido a sus frecuentes viajes comerciales. Allí Demarato se integró perfectamente en la sociedad tarquiniese – según Estrabón, que probablemente sigue a Posidonio, llegó incluso a ser jefe de la ciudad ⁸ – donde esposa a una mujer etrusca que la da dos hijos, Arrunte y Lucumo, los cuales casaron a su vez con mujeres de la alta sociedad de Tarquinia. La historia se repite en su hijo menor, convertido en heredero universal de Demarato por fallecimiento de Arrunte, Poseedor de inmensas riquezas, Lucumo tiene que abandonar asimismo su patria por cuestiones sociales y políticas, ya que es marginado dada su condición de hijo de exiliado. Lucumo se dirige entonces con todos los suyos a Roma, integrándose en la estructura social de su nueva patria: cambió su nombre etrusco por otro romano – Lucius Tarquinius ⁹ –, recibió un lote de tierra y le fueron asignadas tribu y curia como a cualquier otro ciudadano. Finalmente y utilizando medios no muy ortodoxos ¹⁰, Tarquinio llegó a alcanzar la realeza sucediendo a Anco Marcio, tal como le había augurado su mujer Tanaquil cuando interpretó el prodigio del águila en el Janículo.

Como claramente se puede observar, esta narración se compone de tres episodios diferentes cuyos protagonistas son respectivamente Demarato, Lucumo y Tarquinio. En origen tales episodios eran completamente independientes

⁵ Así aparece en todas las ediciones de Ennio: J. VAHLEN, *Ennianae Poesis Reliquiae* (1967) 26 (fr. 147); E. H. WARMINGTON, *Remains of Old Latin*, I (1956) 54 (fr. 151-152); M. SEGURA, *Ennio* (1984) 64 (fr. 86).

⁶ DION. III, 46, 2.

⁷ LIV. I, 34; DION. III, 46-48; CIC., *Rep.* II, 19, 34-20, 35; *Tusc.* V, 37, 109; STR. V, 2, 2 (C. 219); VIII, 6, 20 (C. 378); *Auct. vir. ill.* 6, 1-5; *Orat. Claud.*, CIL XIII, 1668; VAL. MAX. III, 4, 2; ZON. 7, 8; POL. VI, 11a; MACR., *Sat.* I, 6, 8; DIOD. VIII, 31; SUID. s.v. Λεύκιος (ed. ADLER, III, 254).

⁸ STR. VIII, 6, 20 (C. 378).

⁹ Según una parte de la tradición, también su propia esposa cambió su nombre etrusco Tanaquil por el latino Gaia: PLIN., *Nat. Hist.*, VIII, 194; FEST, 85L. Sin embargo, Plutarco identifica a Gaia con la esposa de uno de los hijos de Tarquinio (PLUT., *Q. Rom.*, 36). Cf. A. MOMIGLIANO, *Tre figure mitiche: Tanaquilla, Gaia Cecilia, Acca Larenzia*, en *Quarto Contributo* ... (1969) 460 s.

¹⁰ Tarquinio se presenta a los ojos de Livio como el primer *homo ambitiosus* de la historia de Roma: cf. J. HEURGON, en *Les origines de la République romaine*, *Entretiens Hardt* XIII (1967) 132.

entre sí, respondiendo a diferentes conceptos e incluso procedencias, pero posteriormente fueron unidos por razones ideológicas y para dar mayor consistencia a este importante momento histórico.

Desde esta perspectiva, es evidente que el núcleo de la narración, aquél que constituye el fondo más antiguo de la tradición, está representado por el tercero de los episodios mencionados, es decir la propia historia de Tarquinio. Sin duda alguna es ésta una tradición propiamente romana, conservada en su esencia y que contiene un fundamento plenamente histórico, pese a que los analistas la fueron adornando con añadidos, más trágicos o novelescos que históricos, que en ningún momento ocultan su veracidad.

La historia de Tarquinio presenta muchos puntos comunes con la de Demarato, hasta el punto que ambas responden al mismo esquema estructural: son en definitiva dos historias paralelas, sin que esto signifique que una haya surgido a partir de la otra¹¹; su independencia está totalmente asegurada y su coincidencia responde al mismo estímulo. Estas tradiciones evocan uno de los aspectos fundamentales de la sociedad etrusco-latina arcaica, constituyendo ejemplos característicos. Los centros etruscos y latinos de los siglos VII y VI a. C. se distinguían por su estructura social abierta, esto es que sin ninguna dificultad admitían en su seno nuevos elementos que inmediatamente se integraban en él, bien sin cambiar de status (movilidad horizontal) o bien, quizá en menor medida, dándose el caso contrario (movilidad vertical), de acuerdo con un esquema perfectamente estudiado por Ampolo¹² y que la nueva interpretación epigráfica confirma constantemente, dando así por buenos los escasos ejemplos que ya se conocían a través de la documentación literaria.

Así pues, desde época muy antigua, los romanos eran conscientes de que el monarca que sucedió a Anco Marcio era de origen etrusco, que emigró a Roma con todos los suyos, que fue admitido en plano de igualdad entre la aristocracia romana y que su acceso al trono se produjo de manera « casi » normal, pero en todo caso dentro de la legalidad, sin ningún tipo de violencia ni intervención de poder extranjero¹³. En el fondo, responde a un mecanismo muy similar al que propició el establecimiento de la *gens* Claudia en Roma a finales del siglo VI a. C.¹⁴. Esta tradición, en su forma más simple, fue probablemente conservada

¹¹ Véase R. M. OGILVIE, *A Commentary on Livy*, 1-5 (1965) 141.

¹² C. AMPOLO, *Demarato. Osservazioni sulla mobilità sociale arcaica*, *DialArch* 9/10, 1976/1977, 333-345. Con anterioridad G. COLONNA, *Una nuova iscrizione etrusca del VII secolo e appunti sull'epigrafia ceretana dell'epoca*, *MEFRA* 82, (1970) 648 ss. También J.-C. RICHARD, *Variations sur le thème de la citoyenneté à l'époque royale*, *Ktema* 6, (1981) 91 s.

¹³ Cf. la célebre teoría de A. ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins* (1963) 202 ss.; IDEM, *Römische Frühgeschichte* (1976) 151 ss., según la cual Roma sufrió diversas hegemonías etruscas variando tan sólo la potencia del momento. En contra, G. COLONNA, *Quali Etruschi a Roma*, en *Etruschi e Roma* 165; J. MARTINEZ-PINNA, *Tarquinio Prisco y Servio Tulio*, *ArchEspA* 55, (1982) 58.

¹⁴ LIV. II, 16, 4-6; DION. V, 40, 3-5; PLUT., *Popl.* 21; SUET., *Tib.* 1, 1.

en los archivos pontificales, manteniéndose en estado puro hasta que las primeras inquietudes historiográficas y las influencias externas comenzaron a operar sobre ella, incidiendo de manera diversa según las circunstancias.

La influencia etrusca aparece en este caso concreto fundamentalmente a dos niveles, pues no se debe olvidar que Tarquinio era de origen etrusco y que tal cualidad era perfectamente conocida por los primeros analistas. Por una parte nos encontramos con elementos singulares, cuya inclusión en el relato tradicional es un reflejo de la cultura etrusca llegada a Roma con el mismo Tarquinio, y en segundo lugar la ampliación del núcleo original con « historietas » nacionales etruscas, las cuales son admitidas por la historiografía romana en diferentes ocasiones conservando su esencia pero variando algunos elementos formales.

Ejemplo característico del primer caso lo constituye sin duda la figura de Tanaquil, la esposa etrusca de Tarquinio. Si como bien dice Momigliano, Tanaquil « è una tipica creazione della leggenda romana »¹⁵, no puede dejar de reconocerse que tal creación se llevó a cabo teniendo muy en cuenta los parámetros etruscos¹⁶: Tanaquil es un personaje totalmente etrusco, al menos en la primeras y más importantes fases de elaboración de la tradición. Etrusco es en primer lugar su nombre, Θανxvil, conocido en la onomástica tirrena¹⁷; etruscos son también sus facultades adivinatorias, demostradas primero en el episodio del Janículo, cuando profetiza el trono a su marido¹⁸, y posteriormente en el nacimiento de Servio Tulio¹⁹; finalmente, a un ambiente etrusco se refiere también el papel que desempeña en la vida política de Roma²⁰, ya que como afirma Schachermeyr, « in der Überlieferung tritt Tanaquil so Maßgeblich wie kaum eine andere Frau der römischen Geschichte in der Vordergrund »²¹, pues se presenta como la energía primera que propició el reinado de dos monarcas, Tarquinio Prisco y Servio Tulio, reflejo en definitiva del privilegiado status social de que gozaban las mujeres etruscas, en contraste con sus contemporáneas griegas y romanas²².

¹⁵ MOMIGLIANO, *cit.* (nota 9), 456.

¹⁶ Cf. OGILVIE, *cit.* (nota 11), 142.

¹⁷ *TLE*² 380 (Θancvil); 301, 321, 674, 872 (Θanxvil).

¹⁸ LIV. I, 34, 8-9; DION. III, 47, 3-4; SERV., *Aen.* II, 683; *Auct. vir. ill.* 6, 3-4; CLAUD., *Carm. min.* 30, 16; SIL. ITAL., *Pun.* 13, 818 ss.

¹⁹ DION. IV, 2, 2; PLUT. *Fort. Rom.* 10; OVID., *Fast.* 6, 627 ss.; PLIN., *Nat. Hist.* XXXVI, 204; ARNOB., *Adv. gent.* 5, 18.

²⁰ Cf. J. HEURGON, *Roma y el Mediterráneo occidental*, 160.

²¹ F. SCHACHERMEYR, *Tanaquil*, en *RE* IV A 2 (1932) 2172.

²² Sobre la situación de la mujer en Etruria, J. HEURGON, *Vita quotidiana degli Etruschi* (1974) 110 ss.; L. BONFANTE WARREN, *Etruscan Women. A Question of Interpretation*, en *Archaeology* 26, 1973, 242-249; EADEM, *The Women of Etruria*, en *Arethusa* 6, 1973, 91-101; A. HUS, *Les Etrusques et leur destin* (1980) 202 ss. Sobre Tanaquil como mujer dominante, cf. JUV., *Sat.* 6, 566; AUSON., *Epist.* 28, 31; 31, 192.

Algunos autores modernos se preguntan cómo fue introducida Tanaquil en las tradiciones históricas romanas. Hace ya tiempo se intentó responder a esta cuestión invocando un pretendido y originario carácter divino, como perteneciente al círculo religioso de la familia y del hogar en la sociedad etrusca²³. Sin embargo, la falsedad de tal planteamiento fue demostrada por Momigliano²⁴, de manera que la única explicación de la leyenda de Tanaquil se encuentra en sí misma. Tanaquil es una figura etrusca creada en ambiente romano y por historiadores romanos, aunque con una directa influencia etrusca, y tal paternidad no se oculta en ningún momento. El ejemplo más patente al respecto lo encontramos en la atribución a Tanaquil de los poderes adivinatorios. De todos es conocido que este arte era una de las características más representativas del mundo etrusco, estando sometido a un aprendizaje y a un control estrictos por parte de los harúspices, y es muy probable que de tal conocimiento estuviesen excluidas las mujeres, pues salvo el caso presente de Tanaquil y el de la profetisa Vegoia²⁵, no encontramos representación femenina adivinatoria en ningún documento epigráfico, iconográfico ni literario²⁶. Todo parece indicar pues que los creadores del personaje de Tanaquil, para reforzar su carácter etrusco, le prestaron este distintivo característico de su civilización, sin caer en la cuenta de que por su naturaleza femenina tal conocimiento le estaba vedado; un autor etrusco probablemente no hubiese actuado de esta manera.

Posteriormente la figura de Tanaquil sufre una evolución, en la cual pierde esa independencia que se refleja en la mujer etrusca para adquirir connotaciones propias de la matrona romana²⁷. Esta « latinización » de Tanaquil se vio acelerada sin duda a partir de su identificación con Gaia Cecilia, presentada en otras fuentes como esposa de Tarquinio²⁸; pero por otra parte, el *praenomen* Gaia era un elemento destacado en las ceremonias nupciales latinas y acabó convirtiéndose en un verdadero símbolo de la virtuosa mujer romana²⁹. A partir de estos datos, es fácil comprender cómo Tanaquil es representada en algunos textos con los atributos propios de la matrona, la rueca y el huso, y rodeada en general de sus restantes virtudes, aun sin perder su naturaleza originaria etrusca³⁰.

²³ G. DE SANCTIS, *Storia dei Romani*, I (1980) 365 s.; F. SCHACHERMEYR, *Tanaquil*, 2172 s.; L. EUING, *Die Sage von Tanaquil* (1933).

²⁴ MOMIGLIANO, *cit.* (nota 11) 456 ss.

²⁵ El texto de la profecía se encuentra en *Grom. Vet.*, I, p. 350 (ed. Lachmann). Sobre el personaje, S. WEINSTOCK, *Vegoia*, en *RE* VIII A 1 (1955) 577-581; J. HEURGON, *The Date of Vegoia's Prophecy*, en *JRS* 49, 1959, 41-46.

²⁶ Véase A. J. PEIFFIG, *Religio Etrusca* (1975) 46. En contra Hus, *cit.* (nota 22), 185, quien se apoya exclusivamente en la figura de Tanaquil.

²⁷ HEURGON, *cit.* (nota 22) 118.

²⁸ FEST. 276L; *Auct. praen.* 7.

²⁹ MOMIGLIANO, *Tre figure mitiche*, 464.

³⁰ Véanse PLIN., *Nat. Hist.* VIII, 194; FEST. 85L; AUSON., *Parent.* 30, 5.

La segunda parte del relato tradicional sobre el origen de Tarquinio está constituido por la historia de Lucumo. Como ya se ha dicho, este episodio es totalmente independiente y fue añadido al núcleo originario de la tradición sobre todo por una necesidad de ampliación narrativa y también por el significado de predestinación a la realeza que comporta su nombre. La leyenda de Lucumo/Tarquinio no es un *unicum* en las narraciones históricas romanas, sino que con alteración de algún detalle aparece también al comienzo de la historia de Tarquinio el Soberbio³¹ y finalmente como relato etiológico para explicar el por qué de la invasión celta en Italia a comienzos del siglo IV a. C.³² Según ha puesto de relieve Gagé³³, esta leyenda es un mito etrusco en el que se simbolizaba la oposición entre el poder político, encarnado lógicamente en el personaje de Lucumo³⁴, y el sacerdocio, representado por Arrunte. En los tres ejemplos conocidos, el conflicto entre los dos personajes siempre se resuelve a favor de Lucumo, quien para triunfar en sus propósitos no duda en recurrir a malas artes, representándose en definitiva como la lucha entre uno « bueno » (Arrunte) y otro « malo » (Lucumo), por lo que probablemente el mito pertenecería al patrimonio literario de los sacerdotes etruscos. Al adoptar este relato, los historiadores romanos lo manipularon para perfilar el contenido psicológico de sus personajes, y así vemos que si el carácter de malvado está bastante diluido en el caso de Tarquinio Prisco, cuyo triunfo final sólo puede obedecer a su buena suerte³⁵, con respecto al otro Tarquinio sirve para resaltar su propia maldad y perversidad y aparece consecuentemente con toda su crudeza.

Por otra parte, el significado último del mito etrusco no era desconocido en la tradición nacional romana, puesto que ésta disponía de un relato con el mismo contenido y que afectaba además al mismo Tarquinio. Este era junto al augur Attus Navius protagonista de una de las anécdotas más extendidas sobre la historia de su reinado³⁶, representando el enfrentamiento entre ambos

³¹ LIV. I, 46, 7; DION. IV, 28, 1-2; 30, 1; CASS. DIO fr. 11, 1; ZON. 7, 9.

³² LIV. V, 33, 2-4; PLUT., *Cam.* 15, 4-6; DION. XIII, 10.

³³ J. GAGÉ, *Arruns de Clusium et l'appel aux Gaulois* (?), en *RHistRel* 143, 1953, 170-208; cf. OGILVIE, *cit.* (nota 11) 141 s.

³⁴ *Lucumonēs, qui sunt reges in lingua Tuscorum*, dice SERVIO (*Aen.* II, 278), quien en otro lugar los identifica a unos magistrados curiales (*Aen.* X, 202); el aspecto político del lucumón es confirmado por la epigrafía: *TLE*² 1; 131. En cuanto a la aparición del término en la fórmula onomástica, en la última época etrusca y en la región de Chiusi y Perugia se encuentra como *nomen*: *CIE* 2382, 2386, 3567, 3872, 3877, 3982; *CIL* XI, 1788; véanse W. SCHULZE, *Zur Geschichte lateinischer Eigennamen* (1904) 179; HEURGON, *cit.* (nota 22), 69; G. HERBIG, *Lucumo*, en *RE* XIII 2 (1927) 1706. En otros lugares y en inscripciones latinas, también como *cognomen*: *CIL* I, 988; II, 984; III, 10558; V, 428, 6522. Por el contrario, utilizado como *praenomen* sólo en las fuentes literarias greco-latinas: P. DUCATI, *Etruria antica* (1925) I, 136; cf. sin embargo *TLE*³ 440, y Rix, *Cognomen*, 63.

³⁵ Así, Arrunte muere sin causa justificada y Demarato hace testamento sin conocer el embarazo de su nuera, con lo cual Lucumo hereda gracias a este cúmulo de circunstancias.

³⁶ LIV. I, 36, 2-8; DION. III, 70-71; FLOR. I, 5, 3-4; CIC., *Rep.* II, 20, 36; *Div.* I, 17, 31; *Auct. vir. ill.* 6, 7; FEST. 168L; LACT., *Div. Inst.* II, 7, 8; VAL. MAX. I, 4, 1. Sobre este personaje, G. PICCALUGA, *Attus Navius*, en *StMatSR* 40, 1969, 151-208.

personajes la oposición entre la institución real, que avanzaba rápidamente hacia la laicización³⁷, y el poderoso e influyente colegio de los augures. La diferencia está en que en la versión romana el triunfo final corresponde al lado sacerdotal, lo que asimismo no deja lugar a dudas sobre la fuente primera de tal anécdota.

Junto a las tradiciones romanas y etruscas, la historia de Tarquinio se enriquece además con otra componente griega³⁸. Que existían versiones griegas sobre el reinado de Tarquinio Prisco, me parece un hecho innegable, aunque las noticias al respecto sean escasas y de diferente valor, pues nunca contaron con gran número de seguidores.

Uno de estos testimonios lo encontramos en el epítome que de las *Historiae* de Trogo Pompeyo realizó Justino en el siglo III d. C., noticia a propósito de una alianza (*amicitia*) establecida entre los focenses y Roma poco antes de la fundación de Massalia³⁹. Trogo Pompeyo era natural de la Galia Narbonense y sin duda conocía las antiguas tradiciones massalotas sobre la historia del Mediterráneo occidental, como lo muestra alguna noticia referente a la protohistoria de la península Ibérica⁴⁰, bien conocida por los focenses y sus colonias; hemos de pensar que algo similar ocurría con respecto a la Italia tirrénica, área igualmente interesante desde la perspectiva massaliota. En efecto, Roma y Massalia mantuvieron durante siglos relaciones muy estrechas⁴¹, de manera que no puede sorprender que en esta última ciudad existiesen tradiciones sobre la historia de Roma en relación a la suya propia: esta noticia de Justino quizá sea un ejemplo de ello⁴².

Otros testimonios, también referidos a un ambiente griego, hacen ya una mención más o menos explícita al origen de Tarquinio Prisco. Este grupo de noticias relaciona a Tarquinio con el mundo griego, pero no solamente a través de Demarato, como lo reconoce la tradición canónica, sino que le presenta como un auténtico griego. El autor que más claramente lo afirma es Floro, quien comienza diciendo *Tarquinius Priscus, quamvis transmarinae originis*, para inmediatamente calificarle como *oriundus Corintho*, esto es «nacido en Corinto»⁴³. Es evi-

³⁷ A partir de Tarquinio Prisco, el monarca romano deja de ser el rey-augur característico de la monarquía anterior: P. CATALANO, *Contributi allo studio del diritto augurale* I (1960) 567 ss.; P. M. MARTIN, *L'idée de royauté à Rome*, I (1982) 86 s.

³⁸ Cf. M. CRISTOFANI, *Sull'origine e la diffusione dell'alfabeto etrusco*, en *ANRW*, I 2 (1972) 479.

³⁹ JUST. XLIII, 3, 4.

⁴⁰ JUST. XLIV, 4-5. Sobre estos textos A. SCHULTEN, *Tartessos* (1971) 71 s.; J. MALUQUER, *Tartessos* (1970) 49; L. GARCIA MORENO, *Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos*, en *ArchEspA* 52, 1979, 111-131, con diferentes opiniones.

⁴¹ Por ejemplo JUST. XLIII, 5, 8; DIOD., XIV, 93, 4. En general G. NENCI, *Le relazioni con Marsiglia nella politica estera romana (dalle origini alla prima guerra punica)*, en *RivStLig.* 24, 1958, 24-97; F. R. KRAMER, *Massilian diplomacy before the second punic war*, *AJPb* 69, 1948, 1-28.

⁴² NENCI, *cit.* (nota 41) 57, atribuye esta noticia a Timágenes.

⁴³ FLOR. I, 5, 1.

dente que Floro conocía la tradición canónica, pues Livio era su fuente principal; sin embargo, prefiere romper con ella y ofrecer por el contrario una versión sobre el origen de Tarquinio totalmente diferente. En mi opinión, el cambio expresado por Floro no responde a una interpretación personal de la tradición canónica, pues no hay razón para ello, así como tampoco a una pura invención de este historiador, demasiado serio para permitirse tales liberalidades⁴⁴, de manera que la única explicación posible es que Floro encontró esta versión en un autor más antiguo y que le mereció mayor confianza que la canónica, por lo cual prefirió desechar esta última.

Por su parte, Cicerón no llega tan lejos, pues reconoce que Tarquinio nació en Etruria y que era hijo de Demarato, aunque no lo expone con la fuerza que encontramos en otros historiadores⁴⁵. Por desgracia para nosotros, el texto ciceroniano se interrumpe con una laguna justamente cuando está narrando la historia de Tarquinio, lo cual no parece plantear excesivas dificultades en reconocer la versión canónica, al menos en sus líneas esenciales. Sin embargo, Cicerón se levanta contra esta versión, y así en otro pasaje de su obra podemos observar la escasa confianza que le merecía el episodio de águila sobre el Janículo⁴⁶. Para Cicerón el origen etrusco de Tarquinio es un simple accidente, pues este rey era en todo un griego, como lo muestra su educación y cultura y sobre todo su nombre, que tuvo que cambiar por el latino de Lucio Tarquinio; finalmente, con él Roma se vió inundada de una nueva y fértil savia helénica.

En definitiva, se puede observar que los griegos se preocuparon en sus propias composiciones históricas por el reinado de Tarquinio Prisco, y que en algunas se hacía expresa referencia a su origen considerándole como un griego, tradiciones que posteriormente influyeron en Cicerón y Floro. La procedencia de estas versiones sólo puede buscarse en los desarrollados ambientes culturales de las ciudades griegas de la Italia meridional, y el análisis de una importante y última tradición confirma esta impresión.

En dos autores latinos tardíos, Macrobio y Servio, se encuentra una interesante tradición sobre Tarquinio Prisco⁴⁷. Esta noticia se enmarca en un discurso sobre los dioses Penates, los cuales son identificados a la tríada capi-

⁴⁴ Cf. V. ALBA, *La concepción historiográfica de Lucio Anneo Floro* (1953).

⁴⁵ CIC., *Rep.* II, 19, 34-20, 35.

⁴⁶ CIC., *Leg.* I, 1, 4.

⁴⁷ MACR., *Sat.* III, 4, 8: *Sed qui diligentius eruunt veritatem Penates esse dixerunt per quos penitus spiramus. per quos habemus corpus, per quos rationem animi possidemus; esse autem medium aethera Iovem, Iunonem vero imum aera cum terra, et Minervam summum aetheris cacumen; et argumento utuntur quod Tarquinius, Demarati Corinthii filius, Samothraciis religionibus mystice imbutus, uno templo ac sub eodem tecto numina memorata coniunxit; SERV. (interpolator), AEN. II, 296: Nonnulli tamen Penates esse dixerunt, per quos penitus spiramus et corpus habemus et animi rationes possidemus. Eos autem esse Iovem, aetherum medium; Iunonem, imum aera cum terra; summum aetheris cacumen, Minervam: quos Tarquinius, Demarati Corinthii filius, Samothraciis religionibus imbutus, uno templo et sub eodem tecto coniunxit. His addidit et Mercurium, sermonum deum.*

tolina; las divinidades que forman esta última son caracterizadas como *Luftgötter*, y como prueba de ello auducen que Tarquinio instituyó su culto por estar iniciando en los misterios de Samotracia. En opinión de Wissowa, estos dos autores tuvieron una fuente común, el neoplatónico del siglo III d. C. Cornelio Labeo, escritor muy preocupado por las diferentes corrientes y doctrinas religiosas ⁴⁸, y éste a su vez dependía de Varrón ⁴⁹. Sin embargo, en mi opinión no parece que la influencia varroniana sea tan definitiva. La nueva definición que se da de los Penates parece una idealización de su función extraordinariamente elaborada, y esto es lo que conduce a su inmediata identificación con la tríada capitolina, una de las muchas que se hicieron y de las más especulativas ⁵⁰. Esta noticia es la primera que se tiene sobre tal identificación, y de la cual no sólo no existe la menor evidencia en Varrón ⁵¹, sino que además disponemos al respecto del testimonio negativo de Macrobio ⁵².

A partir de aquí, la mano de Varrón ya se deja ver con alguna nitidez en el texto, aunque no creo que debamos dejarnos arrastrar totalmente por ella. En un pasaje de su obra *Antiquitatum res divinae* y cuyo contenido nos ha transmitido Agustín de Hipona ⁵³, Varrón expone el significado último de los dioses que componen la tríada capitolina, poniéndolo en relación con los cultos de Samotracia: así, Júpiter es identificado con el cielo, Juno con la tierra y Minerva con las ideas platónicas. Esta es la primera exposición que conocemos de esta teología, pero sin duda no es original de Varrón, sino que éste la tomó de autores griegos. En diferentes pasajes de su tratado sobre la lengua latina, se hace referencia al carácter de divinidades primordiales del Cielo y la Tierra, que Varrón identifica inmediatamente a Júpiter y a Juno, con indicación expresa de la religión de Samotracia ⁵⁴. De nuevo nos encontramos con que Varrón es transmisor de una idea griega, pues como él mismo refiere el poeta Ennio ya la comocía y la encontró en autores *Graeci* ⁵⁵.

Como se puede observar, Varrón se interesaba profundamente por los misterios de Samotracia ⁵⁶, encontrándose en su obra otras muchas referencias que confirman esta preocupación. Las fuentes de información del polígrafo

⁴⁸ Sobre este literato G. WISSOWA, *Cornelius Labeo*, en *RE*, IV 1 (1900) 1351-1355; M. SCHANZ - C. HOSIUS, *Geschichte der römischen Literatur* (1922) III, 181 ss.

⁴⁹ G. WISSOWA, *Die Überlieferung über die römischen Penaten*, en *Gesammelte Abhandlungen zur römischen Religions- und Stadtgeschichte* (1904) 102; P. BOYANCÉ, *Sur la théologie de Varron*, en *REA* 57, 1955, 71 s.; cf. sin embargo MACR., *Sat.* III, 4, 6; SERV., *Aen.* I, 378.

⁵⁰ G. RADKE, *Die Götter Altitaliens* (1965) 246 ss.

⁵¹ Se inclinan a favor de Varrón Wissowa, *cit.* (nota 49), 120; B. COMBET-FARNOUX, *Mercurie romain* (1980) 210; S. G. COLE, *Theoi Megaloi* (1984) 101.

⁵² MACR., *Sat.* III, 4, 7: *Qui sint autem di Penates in libro quidem memorato Varro non exprimit.*

⁵³ AUG., *Civ. Dei* 7, 28.

⁵⁴ VAR., *L.L.* 5, 58; también 5, 57; 67.

⁵⁵ VAR., *L.L.* 5, 65; ENN., *Ann.* I, 6-7 (Warmington).

⁵⁶ J. PÉPIN, *Mythe et allégorie* (1958) 347 s.

latino probablemente fueron varias, sin fijarse expresamente en una determinada. En efecto, el mismo Varrón no mantiene constantemente una única apreciación sobre los dioses de Samotracia, los Μεγάλοι θεοί, sino que su opinión varía notablemente según los casos ⁵⁷, variaciones que suelen explicarse por el propio desconocimiento que los griegos tenían al respecto ⁵⁸, pero que en realidad no responden en última instancia sino a la utilización de autores diversos con distintas opiniones.

Recientemente Combet-Farnoux, comentando el pasaje de Varrón en que éste explica el origen del término *Camillus*, ha destacado la importancia de Calímaco, y en general del ambiente cultural alejandrino del siglo III a. C., en la información de Varrón sobre los cultos de Samotracia ⁵⁹. Pero Calímaco y sus compañeros no fueron los únicos griegos en los que se interesó Varrón. Hace ya años se señaló la influencia que las propias tradiciones locales de Samotracia ejercieron sobre la erudición romana a propósito del origen de los Penates, que toda la historiografía antigua ponía en relación con esa isla del Egeo y con la peregrinación de Eneas. A partir de mediados del siglo II a. C. los misterios de Samotracia se convirtieron en uno de los cultos extranjeros de mayor devoción para los romanos, como lo muestra fehacientemente la epigrafía ⁶⁰, pero al mismo tiempo se daba la circunstancia recíproca, esto es griegos que llegaban a Roma proporcionando noticias de su patria, como ese Calístrato mencionado por Dionisio ⁶¹, autor de una historia de Samotracia y que Perret considera como el intermediario entre las tradiciones samotracias y Varrón sobre el episodio de Eneas ⁶².

La existencia de los cultos de Samotracia era ya conocida en Roma y en Italia mucho tiempo antes de que fuesen masivamente frecuentados por los romanos. La primera vinculación conocida nos es referida por Plutarco ⁶³, quien cuenta que Marcelo envió en el año 212/211 a. C. al santuario de Samotracia parte del botín conseguido en la conquista de Siracusa. Esta dedicación non se explica a no ser que Marcelo tuviera conocimiento de la existencia del santuario y que éste mantenía algún vínculo con la Italia griega; el mismo Plutarco dice que Marcelo era persona culta y con un elevado grado de helenización ⁶⁴, por lo que no es difícil imaginar que el cónsul romano hubiese adquirido tal conocimiento en las antiguas colonias griegas del sur y de Sicilia. En efecto, una pro-

⁵⁷ Cf. WISSOWA, *cit.* (nota 49) 118.

⁵⁸ Véase B. HEMBERG, *Die Kabiren* (1950) 73 ss.

⁵⁹ COMBET-FARNOUX, *cit.* (nota 51) 197 ss.

⁶⁰ F. CHAPOUTHIER, *Inscriptions inédites de Samothrace*, en *BCH* 49, 1925, 258 s.; COLE, *cit.* (nota 51), 92 ss.

⁶¹ DION. I, 68, 2.

⁶² J. PERRET, *Les origines de la légende troyenne de Rome* (1942) 28 ss.

⁶³ PLUT., *Marc.* 30, 6.

⁶⁴ PLUT., *Marc.* 1, 3.

cedencia de la Magna Grecia se ve cada vez más clara para explicar la entrada en Italia del culto de los « Grandes Dioses »⁶⁵.

Las relaciones entre la Magna Grecia y los cultos de Samotracia son bastante antiguas, anteriores en todo caso a la gran extensión que alcanzaron estos últimos a partir de mediados del siglo IV a. C. El vínculo se establece a través de las creencias órficas, que aunque originarias del Egeo, donde consiguieron una mayor implantación fue en el mundo colonial itálico tras su unión al pitagorismo. Según se afirma, la influencia del orfismo en la religión de Samotracia es inexistente⁶⁶, al menos hasta donde se conoce, pero las relaciones son muy estrechas a nivel mítico: Orfeo estaba iniciado en sus misterios y aconsejó a sus compañeros en la expedición de los Argonautas detenerse en Samotracia para cumplir sus ritos⁶⁷; algo similar se decía también de Pitágoras, quien con vistas a su formación intelectual, se inició en todos los misterios, con especial dedicación en los de Imbros, Samotracia y Delos⁶⁸. Por otra parte, si en la propia Samotracia non hay evidencia cultural órfica, sin embargo en el culto que se rendía a los Cabiros en Tebas la influencia del orfismo es manifiesta⁶⁹.

Bien asentadas en el sur, las corrientes órfico-pitagóricas se extendieron por toda la península Itálica⁷⁰: en un fragmento de Aristoseno de Tarento se dice de varios pueblos itálicos que se habían adherido a las doctrinas de Pitágoras⁷¹ y en otros autores se mencionan entre sus discípulos a personajes etruscos y de otras naciones de Italia⁷². La propia Roma non escapó a tal fenómeno, como lo muestran las noticias sobre las relaciones entre Numa y Pitágoras⁷³, cuyo origen, según Gabba⁷⁴, hay que buscarlo en la Tarento del siglo IV a. C. y quizá en el mismo Aristoseno. Con las corrientes órfico-pitagóricas también se introdujeron en Italia influencias de los cultos de Samotracia, y un ejemplo lo encontramos en el Turms etrusco, cuya cualificación de *Camillus*, según ha

⁶⁵ Véase COMBET - FARNOUX, *cit.* (nota 51) 215 s.

⁶⁶ O. KERN, *Orphicorum Fragmenta* (1922) 31: « In Cabirorum cultu Samothracio religionis Orphicae extant vestigia nulla ». Véase también COLE, *cit.* (nota 51) 33 s.

⁶⁷ DIOD. IV, 43, 1; 49, 2-8; V, 64, 4; APOL., *Argon.* I, 915 ss.

⁶⁸ DIOG. LAERT., *Pyth.* 8, 2; IAMBLL., *Pyth.* 151.

⁶⁹ W. K. C. GUTHRIE, *Orfeo y la religión griega* (1970) 125 ss.

⁷⁰ L. FERRERO, *Storia del pitagorismo nel mondo romano* (1955) 118 ss.; COMBET - FARNOUX, *cit.* (nota 51), 365 ss.; PALLOTTINO, *Etruscologia*, 260 s.; HUS, *cit.* (nota 22) 190; J. M. BLÁZQUEZ, *La Tomba del Cardinale y la influencia órfico-pitagórica en las creencias etruscas de ultratumba*, en *Latomus* 24, 1965, 3-39. Niegan tal influencia G. DUMÉZIL, *La religion romaine archaïque* (1966) 635; H. BULLE, *Orphisch-pythagoräischer Glaube bei den Etruskern?*, en *BerlPbilolWoch* 42, 1922, 692-694.

⁷¹ ARISTOX., fr. 17 (ed. Wehrli).

⁷² PORPH., *Pyth.* 19; IAMBLL., *Pyth.* 267.

⁷³ DIOD. VIII, 14. La noticia aparece posteriormente en otros autores, que rechazan enérgicamente su historicidad: CIC., *Rep.* II, 15, 28; LIV. I, 18, 2; DION. II, 59; PLUT., *Num.* 1, 3-6.

⁷⁴ E. GABBA, *Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica*, en *Les origines de la République romaine*, *cit.* (nota 10), 154 ss.

puesto de relieve Combet-Farnoux⁷⁵, nos lleva a un origen samotracio ya en el siglo V a. C.

Tras este análisis, el panorama comienza a ser en mi opinión mucho más claro. Cuando Varrón ponía en relación las divinidades capitolinas con los cultos de Samotracia no estaba innovando, sino que interpretaba una tradición griega adaptándola a sus propias concepciones filosóficas. La referencia a Tarquinio Prisco nos conduce necesariamente a la Magna Grecia, pues ninguna de las otras dos fuentes que antes mencionaba conocerían seguramente a este rey romano. Sabido es que en el mundo griego de la Italia meridional se interesaban por la historia de Roma, sobre todo a partir del siglo IV a. C., cuando ésta se perfilaba ya como la nueva potencia itálica. Si Timeo se preocupaba por las tradiciones latinas y a Aristóteles le llegó, un tanto deformada, la noticia de la conquista de Italia por los galos, nada tiene de extraño que en cualquier círculo intelectual se especulara sobre la divinidad poliada de Roma⁷⁶. A la vista de todo lo expuesto, la única identificación posible del ambiente cultural que creó esta tradición, se ha de buscar en uno muy similar al que ideó la relación entre Numa y Pitágoras⁷⁷. En él se concedía a Tarquinio un origen griego, pues es impensable que un romano pudiera iniciarse en los misterios de Samotracia en esta época, y se daba una explicación en clave órfica de la institución del culto capitolino. Esta versión tuvo una incidencia somera en la historiografía romana republicana: cuando llegó a Varrón⁷⁸, éste elaboró una auténtica «alegoría estoica», como la ha definido Pépin⁷⁹, y despreció la mención de Tarquinio, pues lógicamente le parecía un absurdo.

El texto de Macrobio y de Servio presenta cierta similitud con el de Varrón, pero no es idéntico. En mi opinión existen dos caminos para entender el problema. El primero contempla la posibilidad de que Varrón sea efectivamente la fuente de Cornelio Labeo, pero en este caso habría que admitir que éste reelaboró de nuevo la idea, aproximándola sin duda a su forma primitiva, pues el texto

⁷⁵ COMBET - FARNOUX, *cit.* (nota 51) 185 ss.

⁷⁶ Hay que tener presente que todavía no se descarta la posibilidad de que una influencia griega haya operado sobre el culto capitolino: cf. F. SARTORI, *La Magna Grecia e Roma*, en *Archivio Storico per la Calabria e la Lucania* 28, 1959, 171; G. PUGLIESE CARRATELLI, *Lazio, Roma e Magna Grecia prima del secolo IV a. C.*, en *La Magna Grecia e Roma nell'età arcaica* (1969) 62.

⁷⁷ Según W. THEILER, *Die Vorbereitung des Neuplatonismus* (1930) 19, la noticia partiría de Antíoco de Ascalón, de donde la tomaría Varrón. Sin embargo, me parece muy difícil que en la Academia ateniense del siglo II a. C. se tuviese conocimiento de que Tarquinio Prisco instituyó el culto capitolino.

⁷⁸ Que Varrón utilizó textos órfico-pitagóricos para la redacción de sus obras me parece fuera de toda duda, ya que él mismo llega a citar a Pitágoras en varias ocasiones (*L.L.* 5, 11; 7, 17). Véase también A. D. NOCK, *Varro and Orpheus*, en *Classical Review* 43, 1929, 61-62.

⁷⁹ PÉPIN, *cit.* (nota 56), 349.

contiene un valor neoplatónico muy acusando y ciertas connotaciones órficas⁸⁰. En segundo lugar, se podría pensar también, opinión que me parece más probable, que al transformar la tradición, Varrón privó a ésta de una continuidad y que su reaparición trescientos años más tarde se debe a los propios escritores neoplatónicos, pues sabido es que el neoplatonismo estaba muy imbuido en las doctrinas de Orfeo y propició una vuelta a la luz de muchos escritos de tendencia órfica, sobre todo desde el momento en que se erigió en el último reducto de la cultura pagana ante el creciente dominio del cristianismo⁸¹.

Así pues, vemos cómo en el mundo griego occidental se elaboraron tradiciones sobre el reinado y la figura de Tarquinio Prisco, consecuencia en definitiva todo ello de la definición de Roma como una πόλις Ἑλληνίς⁸². Cuando estas versiones llegaron a los analistas romanos, su actitud fue en general de rechazo, pues la propia tradición nacional ofrecía un alto grado de historicidad que contrastaba con el carácter artificial y erudito de las tradiciones helénicas, de ahí que estas afloran en muy contadas ocasiones y ciertamente con escasa fuerza. Algo similar ocurrió con la tradición sobre Numa y Pitágoras, que si tuvo un mayor reflejo en la analística sin duda se debe al célebre *affaire* del año 181 a. C., cuando se hallaron una supuesta tumba de Numa y unos libros atribuidos a este rey⁸³. Sin embargo, el origen griego de Tarquinio, aun reconociendo su falsedad, era un aspecto que no desagradaba a los analistas romanos, deseosos en lo posible por una parte de vincular su pasado al mundo griego por motivos ideológicos⁸⁴, y por otra de desetrusquizar su propia historia⁸⁵, por lo cual optaron por conceder a Tarquinio un lejano origen griego haciéndole hijo del corintio Demarato, cuya historia conocían precisamente a través de Etruria.

La historia de Demarato es sin duda de origen etrusco. No es una tradición

⁸⁰ Confróntese con el siguiente fragmento órfico a propósito de Zeus: «Rodea todas las cosas con el inefable éter y en medio establece el éter, y en el medio la ilimitada tierra, en el medio el mar, y en el medio todas las constelaciones de que está el cielo coronado» (OF 165).

⁸¹ GUTHRIE, *cit.* (nota 69) 76 ss.

⁸² Véase GABBA, *cit.* (nota 74) 164.

⁸³ Sobre este episodio A. DELATTE, *Les doctrines pythagoriciennes des livres de Numa*, en *Bulletin de la Classe des Lettres de l'Académie de Belgique*, 22, 1936, 19-40; FERRERO, *Storia del pitagorismo nel mondo romano*, 108 ss.; K. PROWSE, *Numa and the Pythagoreans. A Curious Incident*, en *Greece and Rome* 11, 1964, 36-42; M. J. PENA, *La tumba y los libros de Numa*, en *Faentina* 1, 1979, 211-229.

⁸⁴ Cf. G. PERL, *Der Anfang der römischen Geschichtsschreibung*, en *Forschungen and Fortschritte* 38, 1964, 216; ALFÖLDI, *Early Rome and the Latins*, 172; GABBA, *Considerazioni sulla tradizione letteraria sulle origini della Repubblica*, 141 s.; CASSOLA, *I gruppi politici romani nel III secolo a. C.*, 356 ss.; SARTORI, *La Magna Grecia e Roma*, 178 s.

⁸⁵ D. MUSTI, *Tendenze nella storiografia romana e greca su Roma arcaica*, en *StUrbiniati* 10, 1970, 82 ss.; S. MAZZARINO, *Il pensiero storico classico* (1973) II, 1, 68 s.; AMPOLO, *cit.* (nota 12) 334, n. 6.

homogénea, sino que en ella confluyen elementos independientes de muy distinto signo: efectivamente, Demarato es presentado como el prototipo de comerciante griego, que se enriqueció practicando un comercio regular entre su patria y la etrusca Tarquinia⁸⁶; también como ejemplo de admisión social de un noble griego en un ambiente homólogo etrusco; finalmente, Demarato ofrece cierto aire de «héroe civilizador» al considerársele como el introductor en Etruria del conocimiento de la escritura⁸⁷ y del arte de la escultura en terracota, gracias a los artistas que trajo consigo desde Corinto⁸⁸. Independientemente de la historicidad de tales atribuciones, es evidente que estas tradiciones reflejan el indiscutible hecho de la creciente influencia griega sobre Etruria⁸⁹, traducida en la terminología científica actual en unas «fases demarateas», tanto en la cerámica⁹⁰ como en la lingüística⁹¹, coincidentes con los momentos cruciales del comercio corintio.

En definitiva asistimos a un mecanismo muy generalizado en la literatura histórica antigua, según el cual, y ciñéndonos a este caso concreto, los etruscos individualizaron en un único personaje todos los adelantos e innovaciones que les reportó la influencia griega. Para ello eligieron a un individuo, originario de Corinto, cuya existencia es algo que no se puede afirmar ni rechazar a priori: otros comerciantes griegos de época arcaica, conocidos hasta hace poco sólo a través de las noticias literarias, han visto confirmada su historicidad por los hallazgos epigráficos o por las nuevas prospecciones arqueológicas⁹².

¿Cuál fue la participación griega en la leyenda de Demarato? Según Ogilvie, esta leyenda se elaboró en los ambientes culturales de la Magna Grecia en el siglo IV a. C. a partir de antiguas tradiciones corintias⁹³. Sin embargo, en mi opinión la participación griega se limita aquí a reelaborar una leyenda local,

⁸⁶ DION. III, 46, 3. Sobre el valor de esta caracterización AMPOLO, *Demarato*, 336.

⁸⁷ TAC., *Ann.* 11, 14.

⁸⁸ PLIN., *Nat. Hist.* XXXV, 152.

⁸⁹ Cf. E. BAYER, *Rom und die Westgriechen bis 280 v. Chr.*, en *ANRW* I 1 (1972) 309 s.; G. CAMPOREALE, en *Prima Italia* (1981) 79.

⁹⁰ A. BLAKEWAY, *Demaratus. A study in some aspects of the earliest Hellenisation of Latium and Etruria*, *JRS* 25, 1935, 129-149; G. COLONNA, *La ceramica etrusco-corinzia e la problematica dell'orientalizzante recente in Etruria*, *AC* 13, 1961, 9-25; M. GRANT, *The Etruscans* (1980) 49 ss.

⁹¹ DE SIMONE, *Entleh* II, 259 ss.; IDEM, *Per la storia degli prestiti greci in etrusco*, en *ANRW*, I 2 (1972) 516 ss. Cf. COLONNA, *cit.* (nota 12) 664 ss.

⁹² Así ocurrió con dos comerciantes mencionados por Heródoto en relación a la hispánica Tartessos, Sóstratos de Egina y Kolaos de Samos (HER. IV, 152). Sobre este último, G. FREYER-SCHAUBENBURG, *Kolaos und die westphönizischen Elfenbeine*, en *MM* 7, 1966, 89-107. Sobre Sóstratos y los hallazgos de Gravisca: A. W. JOHNSTON, *The rehabilitation of Sostratos*, en *ParPass* 17, 1972, 416-423; P. A. GIANFROTTA, *Le ancore di Sostrato di Egina e di Faillo di Crotona*, en *ParPass* 30, 1975, 311-318; F. D. HARVEY, *Sostratos of Aigina*, en *ParPass* 31, 1976, 205-214; M. TORELLI, *Per la definizione del commercio greco-orientale: il caso di Gravisca*, en *ParPass* 37, 1982, 318 ss.

⁹³ OGILVIE, *cit.* (nota 11) 141.

según un esquema que acertadamente ha puesto de manifiesto Gabba⁹⁴, centrándose fundamentalmente en limar las asperezas que pudiera presentar e incluirla en un contexto más propiamente griego, pero sin variar su esencia: así, la ubicación cronológica de Demarato y su relación con Kypselos, inventada para explicar desde la perspectiva griega – nunca desde la etrusca – el por qué de la emigración de un noble corintio y su aceptación sin reparos en una sociedad en principio extraña; también los nombres de los artistas⁹⁵ que acompañaron a Demarato, los coroplastas Eucheir, Eugrammus y Diopus y el pintor Ecphantus, cuya realidad ha sido repetidas veces puesta en duda, ya que representan términos relacionados con la técnica artística, pero que últimamente comienzan a entrar en la Historia⁹⁶.

Otra importante cuestión se refiere a la ciudad etrusca donde se elaboró la leyenda de Demarato. La tradición romana que la incorporó a sus propios anales menciona a Tarquinia como lugar donde se estableció Demarato, aunque por diversos motivos se ha pensado que «la leggenda di Demarato potrebbe non essere localizzata fin dall'origine a Tarquinia, ma catturata più tardi dalla storiografia tarquiniese, per collegarla al ciclo dei Tarquinii re di Roma»⁹⁷. Efectivamente existe la posibilidad, muy probable, de que Demarato se viese arrastrado por su hijo Tarquinio cuando la analística, por razones puramente fonéticas, hizo de Tarquinia la patria del primer rey etrusco de Roma.

La figura de Demarato no nació seguramente en una única ciudad, sino que parece un patrimonio más o menos común a todos aquellos centros que en época arcaica mantenían unas relaciones más estrechas con los griegos, fundamentalmente Tarquinia y Caere. A favor de Tarquinia, por ejemplo, está el hecho de que las más antiguas inscripciones etruscas se localizan precisamente en esta ciudad, en una fecha en torno al año 700 a. C.⁹⁸; y por otra parte, hay que pensar que la tradición de Demarato no sería la única existente en Etruria sobre el origen de la escritura, pues al decir Solino que *Agyllam a Pelasgis, qui primi in Latium litteras intulerunt*⁹⁹, deja por sentado que la propia Agylla, es decir Caere,

⁹⁴ GABBA, *cit.* (nota 74) 164. Cf. W. V. HARRIS, *Rome in Etruria and Umbria* (1971) 20 ss.

⁹⁵ Probablemente Plinio deba esta noticia a Pasiteles, artista e historiador del arte del siglo I a. C. que le sirvió como fuente, siendo uno de los poquísimos procedentes de la Magna Grecia que utilizó. Sobre este personaje H. WEDERING, *Pasiteles*, en *EAA* V (1963) 984 s.; S. FERRI, *Plinio il Vecchio* (1946) 15.

⁹⁶ Eucheir estaba ya muy documentado (*EAA* III [1960] 514 ss.). Diopus ha aparecido en la firma de una antefija del siglo VI encontrada en Camarina (M. W. FREDERIKSEN, *Archaeology in South Italy and Sicily*, en *AReports* 1976-1977, 71). Cf. GRANT, *The Etruscans*; 126; G. COLONNA, *Tarquinio Prisco e il tempio di Giove Capitolino*, en *ParPass* 36, 1981, 57, n. 49.

⁹⁷ F. ZEVI, *Nuovi vasi del pittore della Sfinge Barbuta*, *StEtr* 37, 1969, 49, n. 21.

⁹⁸ COLONNA, *cit.* (nota 12), 664; M. CRISTOFANI, *Appunti di epigrafia etrusca arcaica*, *AnnScPisa* 1, 1972, 295-299; IDEM, *Recent advances in Etruscan Epigraphy and Language*, en D. Y. F. R. RIDGWAY, *Italy before the Romans* (1979) 378.

⁹⁹ SOLIN. 2, 7.

conoció previamente la escritura a través de estos mismos pelasgos¹⁰⁰, considerados además como fundadores de la ciudad¹⁰¹. No obstante, Caere es de todas las ciudades etruscas la que presentaba un panorama cultural más helenizado¹⁰², y como dice Heurgon¹⁰³, a través de su puerto se introdujeron en Roma intensas influencias griegas.

El conocimiento de la figura y personalidad de Demarato llegó a los primeros analistas romanos probablemente a través de Caere. Esta ciudad mantenía con Roma estrechísimos contactos no solamente a nivel político, sino también cultural, pues dado su notable desarrollo en este aspecto, Caere fue durante el siglo IV a. C. la ciudad a la cual los nobles romanos enviaban a sus hijos para perfeccionar su educación¹⁰⁴, conociendo allí tradiciones ceretanas relativas a su patria y otras más puramente locales que ellos a su vez transmitían a Roma¹⁰⁵. A este respecto hay que destacar una notable coincidencia: en la epigrafía etrusca de ambiente ceretano se encuentran testimonios de dos gentilicios latinos etrusquizados, *Fabius* y *Claudius*¹⁰⁶, precisamente las dos familias que menciona Livio en la relación docente con Caere. De aquí a señalar a Fabio Pictor como el primer expositor de la tradición sobre Demarato y Tarquinio, quizá no hay más que un paso, aunque muy difícil de dar.

Resumiendo, en el relato tradicional del reinado de Tarquinio Prisco, el capítulo dedicado a su origen ocupa un lugar destacado por la amplitud que los primeros analistas le concedieron. Estos últimos eran plenamente conscientes de que la entronización de Tarquinio marcaba una cesura en la primitiva historia de Roma, inaugurando un nuevo e importante período: tan sólo Rómulo, héroe fundador, y Servio Tulio, monarca excesivamente mimado por la analística, pueden competir con el primer Tarquinio en la historia de sus orígenes. Los analistas sabían que Tarquinio procedía de Etruria y conservaban un recuerdo fiel de este origen, pero para explicarse perfectamente el hecho se vieron en la necesidad de ampliar el relato, introduciendo un proceso de sucesos encadenados adaptando tradiciones alógenas y reelaborando las propias: así, acudieron al

¹⁰⁰ En contra M. CRISTOFANI, *Sull'origine e la diffusione dell'alfabeto etrusco*, 467.

¹⁰¹ PLIN., *Nat. Hist.* III, 51; STR. V, 2, 3 (C. 220); DION. I, 20, 5; SERV., *Aen.* VII, 658; VIII, 479.

¹⁰² M. PALLOTTINO, *Cerveteri*, *EAA* II (1959) 518; G. A. MANSUELLI, *La civiltà urbana degli Etruschi*, en *PCIA*, III, (1974) 232; A. HUS, *Les siècles d'or de l'histoire étrusque* (1976) 262; GRANT, *The Etruscans*, 139 ss.

¹⁰³ J. HEURGON, *La Magna Grecia e i santuari del Lazio*, en *La Magna Grecia*, cit. (nota 76) 12.

¹⁰⁴ LIV. IX 36, 3; cf. CIC., *Div.* I, 41, 92; VAL. MAX. I, 1.

¹⁰⁵ HEURGON, *Vita quotidiana degli Etruschi*, 321, 338; M. SORDI, *I rapporti romano-etruschi* (1960) 87; MAZZARINO, *Il pensiero storico classico*, II, 1, 83.

¹⁰⁶ Fapenaš (Caere, s. VI): *TLE*² 65; R. MENGARELLI, en *NS* 1937, 379. Klavtie (Aléria, h. 425): J. HEURGON, *Les graffitiés d'Aléria*, en J. y L. JEHASSE, *La nécropole préromaine d'Aléria*, *Gallia Sup.* XV (1973) 551. Clavtieburasi (Caere, fin. s. IV): *CIE* 6213; M. PALLOTTINO, *L'ermeneutica etrusca tra due documenti chiave*, en *StEtr* 37, 1969, 79 s.

mito de Lucumo y Arrunte para situar al personaje en su originario ambiente etrusco, y por otra parte, deseosos de desetrusquizar en lo posible su pasado, asimilaron la leyenda de Demarato para vincular a Tarquinio, y en definitiva a la propia Roma, con el mundo griego. La amalgamación de tantos y tan dispares elementos no podía llevar sino a un relato final muy novelesco y extraordinariamente elaborado, para lo cual se utilizaron criterios no siempre acertados y una manipulación constante de los datos.

Estos hechos se evidencian muy claramente en varios ejemplos. Las causas por las que Lucumo abandona Tarquinia denuncian una contradicción con la historia de Demarato, pues siendo éste el exiliado no tuvo ninguna dificultad para ser admitido, mientras que Lucumo es rechazado precisamente por ser hijo de exiliado¹⁰⁷: se trataba de justificar como un hombre de excelentes cualidades, predestinado a la realeza – como se manifiesta en su propio nombre y en la anécdota del águila, ideada con este propósito –, abandona su patria y se instala en Roma. De igual manera, la elección de la patria de Tarquinio refleja una especulación, pues sólo responde a la proximidad fonética entre el nombre del monarca y el de esta ciudad, ya que ambas derivan de una misma raíz, **tarc-*, muy frecuente en Etruria¹⁰⁸, sin necesidad de establecer ninguna otra relación entre ellos¹⁰⁹. Como remate final, incluso algunos analistas se permitían la libertad de especular sobre el momento en que Tarquinio llegó a Roma¹¹⁰.

¹⁰⁷ Cf. en otro sentido G. RADKE, *Etrurien - ein Produkt politischer, sozialer und kultureller Spannungen*, en *Klio*, 56, 1974, 44.

¹⁰⁸ M. CRISTOFANI, *La tomba delle iscrizioni a Cerveteri* (1965) 69; G. RADKE, *Acca Larentia und die Fratres Arvales*, *ANRW*, I 2 (1972) 429.

¹⁰⁹ F. SCHACHERMEYR, *L. Tarquinius (Priscus)*, en *RE*, IV A 2 (1932) 2372; S. ACCAME, *I re di Roma nella leggenda e nella storia* (s.d.), 247 s.

¹¹⁰ DION. IV, 6, 4, quien recoge las opiniones de Gn. Gelio y de Licinio Macer. Véanse D. TIMPE, *Fabius Pictor und die Anfänge der römischen Historiographie*, en *ANRW*, I 2 (1972) 966; L. BESSONE, *La gente Tarquinia*, en *RivFilCl* 110, 1982, 399 s.